

Linguística (sin diéresis)*

ANGIE REYES MELO

Redactora, editora y escritora.

—En el nombre del Autor, del Corrector y del Lector —dijo Primera Versalitas. —Lean —respondió U y su voz se mezcló con la de cientos de letras y signos que se agolpaban en el índice.

—Pueden mezclarse. Que Sintagma y Paradigma los acompañen —soltó Primera Versalitas. Se dio la vuelta y se acomodó en el título, como lo había hecho desde la creación del manuscrito.

En las líneas, que ahora comenzaban a dejar espacios en blanco y a formar palabras y frases, había muchas U, todas iguales, pero ella era distinta, ella tenía a Diéresis.

—¡U! ¡U! ¡Amiga! No te me vas a escapar. Tienes que contarme qué pasó con Diéresis. Te lo juro, si un día me despertara sin Virgulilla, no sé qué sería de mí. ¿Dónde se habrá metido? ¿Qué va a hacer un signo como ella sin ti?

U no alcanzó a responder pregunta alguna cuando Ñ ya se había ido, engreída, con el aire de superioridad que solo pueden tener las letras que cargan con un signo. Al ver a esa pareja alejarse, U recordó cómo se emocionaba Diéresis cada vez que se juntaban. Le decía “upa” y su amiga saltaba. Llevar encima dos puntos era divertido pero incómodo, debía tener cuidado para no perder el equilibrio. U se sentía aliviada cuando el signo bajaba de sus extremos.

Un día Diéresis le contó a U que había escuchado al autor gritar “¿eso todavía se usa? ¡Esos punticos ya no sirven para nada!, igual se entiende sin la diéresis”. Comenzó a notar que cada vez se construían menos palabras con ella. Tal vez fue por eso que

Diéresis quiso poner a prueba la gramática: una mañana, sin decirle a nadie, se fue. Ya no había ambigüedad sino ambigüedad y daba vergüenza ajena ver por ahí a una tal vergüenza. U buscó a Diéresis por todo el manuscrito; sin ella se sentía incompleta. Crecía el rumor de que varios signos se habían declarado en rebeldía y habían comenzado a reagruparse en algún lugar más allá de las páginas en blanco. U se dirigía hacia esa frontera. Tuvo que dejar atrás muchas páginas para llegar a la abrumadora blancura del papel sin estrenar, pero no perdió el aliento: U seguía una pista. Había reconocido el humor negro de Diéresis en ese papel mal recortado que había caído hacia poco sobre todas las hojas del manuscrito con solo una incómoda unión de signos: “(·)(·)”. Sin una sola letra, el panfleto dejaba claro que aquello iba en serio, los signos ya no iban a estar al servicio de nadie más que de ellos mismos. “Si no me hubiera reído la vez que me reclamó por decirle que solo había un significado posible para lenguetazo, con o sin un par de ridículos puntitos, tal vez estaría conmigo y ahorita nos acomodariamos entre la g y la e de plurilingue al final del capítulo 11”, pensó.

Más allá del espacio para las acotaciones, U vio un tachón tan grande que cubría casi dos líneas hacia arriba. Se acercó y descubrió que los trazos eran una pila de líneas de tinta seca que cubrían lo que parecía ser un orificio. Los movió con dificultad, pues cada uno era del doble de su tamaño, y bajo el último encontró un agujero a través del cual podría pasar sin dificultad la más ro-

* Segundo premio en el concurso El Túnel-Cámara de Comercio de Montería, 2018.

—Diéresis, por favor,
¡déjate de juegos! No hay
libre albedrío en el papel.

busta de las letras. Nerviosa, U se acercó a la orilla y sintió un viento fresco que salía de esa especie de ventana hacia la nada pero que, en vez de empujarla hacia la seguridad del papel, la succionaba hacia el vacío. Se dejó llevar. Sintió que caía, pero no lo hacía realmente, solo había pasado al otro lado del agujero en el papel. Allí, ¡, ¿, ., ;, :, -, -', ~ y otros signos la miraban con estupefacción.

—¡Diéresis! ¡Diéresis! —gritó. Allí estaba su Diéresis, inexpresiva.

—¡Gracias a Autor te encontré! Vámonos. Súbete, unámonos como siempre y seremos una otra vez.

—No —susurró Diéresis, sin moverse.

—¿Qué pasa? ¿Es por lo que dije la otra vez? Diéresis, perdóname, todas las letras piensan que sin mí tu existencia perdería todo el sentido, pero la verdad es que soy yo quien sin ti dejo de tener significado, dejo de existir, cuando tú no estás soy impronunciable. Y tú, ¿qué harás sola? Volvamos al texto, haremos entender nuestra importancia fonológica a todos, a letras y signos por igual, incluso a Autor. ¡Vámonos!

—Tú no entiendes. Aquí, con mis pares, aprendí que soy mucho más que un simple signo con un único sentido fonológico. Puedo ser lo que yo quiera, ¡no tengo límites! ¡Mírame! —respondió Diéresis y luego se metió en medio de una barra diagonal y una barra diagonal inversa, que daban lugar a una extraña figura: dos puntos sostenidos por un par de líneas inclinadas / \.

—Diéresis, por favor, ¡déjate de juegos! No hay libre albedrío en el papel. Todo lo que puedes hacer, esos límites que quieres

quebrar, están en manos de Autor, nada en este texto ocurre si él no quiere que suceda.

Todos los signos que estaban reunidos en torno a Diéresis comenzaron a soltar insultos, no solo hacia U, sino hacia todas las letras.

—¡Ya no más! —gritó Diéresis— ¡No quiero escuchar la voz de ninguno de ustedes! Los convoqué aquí para crear un nuevo orden gramatical no para que dieran rienda suelta a sus rencores. Esto es entre U y yo.

—¿Tú convocaste a estos signos para rebelarse? —Preguntó U.

—¿Te sorprende? Sí, fui yo, la inocente Diéresis, siempre tan obediente, tan dispuesta a ofrecer sonido cuando se me necesita, pero tan prescindible cuando...

—Deja de hablar como un signo adulescente que no respeta ni las reglas de su propia escritura.

—¡No te atrevas a sermonearme! Este no es el índice y tú no eres una versalita gramaticalizadora.

—Esto se acaba ya. ¡Tú te vas conmigo! —gritó U. Luego agarró con fuerza a Diéresis de uno de sus puntos; las barras diagonales halaron a su líder del otro punto y tiraron de él hasta que ella se quebró en dos. No hubo gritos, no hubo lágrimas, solo líneas, curvas, puntos y otras figuras esparcidas sobre el papel. =. . / \. Cuando el autor sacó el manuscrito del cajón, cayeron de él, como pulgas, pequeños cuerpos negros de distintas formas, tan diminutos que no pudo distinguir qué eran. Asustado, soltó las hojas, que cayeron dispersas sobre el escritorio. Al tocar la superficie de madera, miles de signos ortográficos y de puntuación perdieron su forma y quedaron esparcidos como gotas de tinta sobre la mesa, la silla, los manuales de escritura, los diccionarios, las libretas, los libros de filología. En una de las hojas se podía leer el título de la obra: *Por un español libre de la tiranía fonológica de diéresis y otros signos ortográficos.* ■